



SEMANARIO POPULAR.

PERIÓDICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 22.

JUEVES 7 DE AGOSTO DE 1862.

Los números del año forman un tomo de más de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.
Se vende en los puntos de suscripción.

Tom. I.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 24 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

SUMARIO.

LA UTILIDAD DE LA HISTORIA, por Florencio Jaeger. (Conclusión).—ROSA Y MARIA. (Continuación).—LOS ORADORES FAMOSOS: Mirabeau.—LA ANTIGÜEDAD DE LA DANZA.—HISTORIA NATURAL: Los vencejos y las golondrinas.—POESÍAS ANTIGUAS: Soneto inédito de Fr. José de Sigüenza.—LAS PASIFLOREAS Y LAS ASCLEPIADEAS: Botánica.—PENSAMIENTOS.

LA UTILIDAD DE LA HISTORIA.

(CONCLUSION.)

No es todo sin embargo vasallaje, ruina y envilecimiento. También presentan los anales del mundo brillantes páginas, en que los pueblos que figuran aparecen rodeados de una esplendente aureola de gloria. ¿Dónde fue la cuna del cristianismo? ¿Cuáles fueron los primeros pueblos que le abrazaron, y cuáles los primeros que intentaron infundirle en los pechos de los pueblos ciegos á su luz? Hé aquí grandes sucesos que probarían entre otros muchos la utilidad é importancia del estudio de la historia. Aquel tesón de los mártires, aquella fe jamás desmentida de los primeros cristianos, en tres siglos de persecuciones; no eran la mejor prueba de la constancia y excelencia de la religion cristiana, y de lo que durará hasta el fin del mundo, cuando vence en su nacimiento al viejo, al arraigado y turbulento paganismo? Y aquel sentimiento religioso que se apoderó de toda Europa, cuando ya Carlomagno en Francia, y el gran Alfredo en Inglaterra, habian intentado restablecer el imperio del saber humano contra el de la ignorancia, y que lanzó contra el Asia, para rescatar los Lugares Santos, miles de guerreros, ¿cuánto bien no proporcionó á la cristiandad, y cuán útiles lecciones no presta la Historia sobre tan importantes sucesos? Sofocáronse desde luego las luchas entre los señores feuda-

les, arrinconáronse sus fatales horca y cuchilla, acrecentaron las cruzadas, con el trato de todos los pueblos del continente, la industria y el comercio; progresaron con la libertad las ciencias y las artes, y hasta las letras retiradas allá en el interior de los monasterios, se alentaron y salieron á la luz del mundo, proclamando por todas partes la utilidad del saber y el valor incomprensible de la inteligencia humana. Esta misma inteligencia se desenvuelve á medida que la sociedad cristiana estiende sus límites, y aquella confusion, que habia reinado tantos siglos despues de la decadencia de las mejores regiones, se retira pretendiendo la paz, el orden y el gobierno, despejar las naciones de las tormentas con que la ignorancia las habia envuelto durante un largo período de tiempo. Pasan los años, y mientras las plumas mas doctas armonizan la fe con la razon, profundizan las cuestiones teológicas, analizan la filosofia, las ciencias naturales, y hasta la política, las mas atrevidas intentan restringir la potestad de los papas, presentan la lógica bajo nuevas formas, y separan la filosofia de los estudios teológicos, prestando con los escritos árabes nuevo campo á la medicina. Abrense estudios públicos y universidades en París, Oxford, Salamanca, Viena, Lérida, Lisboa y otras partes, y mientras se hacen nuevos descubrimientos en las artes, aparece y desarrolla el utilísimo invento de la imprenta. No fue este solo el gran suceso que llenó de admiracion á las sociedades del siglo XV, pues en el mismo siglo y en sus últimos años tiene cabida otro de muy importantes consecuencias para la Europa, cual es el descubrimiento de la América, el hallazgo de un Nuevo Mundo.—No puede menos de admirar al político y al hombre pensador, el principio de aquel grande período de la historia que abraza dos hechos tan portentosos como fueron el invento de la imprenta y el descubrimiento de la parte que faltaba para completar la unidad y equilibrio del mundo. Aquel período que comenzó en la segunda mi-

tad del siglo XV, cuando la Europa feudal se habia trasformado en Europa monárquica, abraza grandes fracciones en que descuellan hechos gigantescos, y en que la sociedad nueva recogiendo los elementos de la sociedad antigua, los combinaba con sus ideas nuevas y con sus nuevas y ambiciosas necesidades. Los intereses cambian con los inesperados medios de satisfacerlos, y hé aquí la causa de aquellos combates de ideas y de principios, de aquellas luchas religiosas que ahuyentaban ó abrazaban una creencia para desterrarla ó señorearla en regiones de ámbitos mas ó menos dilatados.—¿Cuántas y cuán útiles reflexiones no es dable hacer con la historia en la mano, cuando al ver que ya la muchedumbre oprimida por la ignorancia tenia su libertad, el feudalismo humillado hacia lugar á las monarquías, abrigando cada nacion fuerza y política, ciencias, letras y artes para adelantar el saber humano, y con este el poder justo y racional de la inteligencia, todavia un suceso inesperado cambiaba la faz del orbe!—Tan grandes cambios en las naciones, tales adelantos, tales desórdenes y tales descubrimientos como solo hemos bosquejado ligeramente, con todas sus diversas marchas y vicisitudes, la historia es quien nos lo refiere y hace palpable, y solo la historia es quien con toda fidelidad nos lo conserva. Nos da, en fin, razon completa de todo lo que ha pasado y pasa en el mundo desde que existe el mundo: y aun hace mas, como ya hemos dicho, pues casi nos vaticina con los ejemplos de lo pasado y de lo presente, lo que será el mundo en lo venidero.

Y ¿qué será el mundo en las edades que al través de una confusa cerrazon se columbran mas allá de nuestro siglo?

La civilizacion antigua acabó con el imperio romano, y con la venida de los bárbaros comenzó la civilizacion nueva. La civilizacion nueva comenzó entre los mismos bárbaros que se desgajaron de la Escandinavia, porque se aunaron con el verdadero germen de la civilizacion, con el cristianismo. Este no se desdeñó

de dar la mano á la sociedad bárbara, porque no es orgulloso, y además de no ser orgulloso, es justo; y siendo justo y nada orgulloso, debía preferir en su nacimiento aunarse con la sociedad bárbara que inundó la Europa antes que con la sociedad romana, verdadero tipo de la corrupción y del envilecimiento. Los godos eran incultos, pero virtuosos: los romanos no eran entonces otra cosa que el conjunto de los mas depravados vicios. Entre tales extremos, entre la corrupción ó la barbarie y la virtud, ¿estaría dudoso el cristianismo? No lo estuvo: se hermanó con los godos; y á los pueblos que desparramó Alarico por Europa, y que Carlomagno redujo en límites algun tanto civilizados, á estos pueblos encargó el sosten del cristianismo, y con su sosten la cultura del mundo, la perfección de la inteligencia humana.—La perfección de la inteligencia humana, la civilización nueva no ha llegado todavía á su término; pero llegará. Mas antes, ¿cuántos cambios, cuántos trastornos y cuántas convulsiones no estremecerán al género humano? Las mismas agitaciones, los mismos adelantos y los mismos retrocesos; iguales luchas, iguales guerras é iguales conquistas se verificarán en el recinto de las naciones. La que ayer fue vencedora mañana quedará vencida, y la que ayer creía tocar ya á la cumbre de la perfección y de la dicha, mañana se verá acaso envuelta entre las tinieblas de la barbarie. El Africa y el Asia prodigaron sus luces al resto del mundo, y hoy día no conservan mas que débiles destellos de su pasada grandeza. La América ha sido mil veces invadida por el Continente antiguo; ¿quién nos asegura no caiga algun día sobre la Europa, y repita la catástrofe sin igual de la soberbia Roma?—Perfección y dicha. Hé ahí lo que ambiciona y lo que busca la humanidad. Agítase continuamente con periodos sangrientos, seguidos por temporadas de paz mas ó menos largas, y lo que intenta con unas y lo que anhela con otros, planteando mil diferentes formas de gobierno, con instituciones, mudanzas, ideas y proyectos sin fin, es la completa civilización del mundo.—La historia, pues, que nos enseña los errores que motivaron las crueles tempestades que afligieron al hombre en los siglos pasados, nos traza el camino que debemos seguir para evitarlas en los tiempos venideros; y bajo este supuesto no puede caber duda alguna de la inmensa utilidad que con su estudio deban reportar las naciones. Nunca mejor que en nuestros dias pueden obtenerse las ventajas que ofrece el estudio filosófico de la historia, porque si hasta á los pueblos bárbaros y salvajes les aguarda un porvenir, ¿qué porvenir tan grandioso debe tener la España, region culta y civilizada?

FLORENCIO JANER.

ROSA Y MARIA.

(CONTINUACION.)

III.

El bombardeo continuó toda la mañana y la tarde, pero no se supo noticia alguna respecto á la situación de la ciudad. Por fin hacia las cuatro de la tarde el fuego cesó súbitamente y poco despues Berard que habia ido de pueblo en pueblo por los alrededores para saber noticias, y que habia estado hablando con los centinelas de la retaguardia del campo realista, trajo la noticia de que las tropas del rey, como él las llamaba, habian ganado grandes ventajas. La ciudad estaba cercada por todas partes y las puertas principales estaban defendidas por barricadas formadas apresuradamente. Se habia puesto una bandera indicando una tregua y se le habia intimado al gobernador la orden de que entregara las llaves de la plaza. El camino habia sido ocupado por una brigada de la primera division, en la cual servia Guillermo Berard, y estas tropas debian renovar el asalto

si se recibia una contestacion desfavorable de parte del gobernador.

Berard permaneció algunos minutos con Mad. de Chatouville y con su hijo, y se fué otra vez á adquirir noticias, porque deseaba saber la contestacion del general republicano.

La clase de contestacion dada por el gobernador se conoció bien pronto porque apenas habia pasado una hora despues de la partida de Mr. Berard cuando las descargas de cañon comenzaron mas terribles que nunca y no cesaron hasta mucho despues de ponerse el sol. Mad. de Chatouville que habia pasado la noche anterior sin cerrar los ojos, se reclinó entonces en un sofá para dormir.

Alfredo aprovechándose de la oportunidad que se le presentaba para poder saber los sucesos del día, descendió la escalera y entrando en el parque echó á andar por una de las calles de árboles. Dirigióse entonces hacia la ciudad sitiada y despues de haber andado tres cuartos de legua llegó á una colina desde cuya cima esperaba que al resplandor de la luna veria el camino en que se habia verificado el combate; pero no vió mas que humo y á veces llamadas aunque no pudo distinguir si estas procedian de las murallas ó de las filas de los sitiadores. Entre tanto las descargas de cañon eran menos frecuentes y en los intervalos del fuego, Alfredo podia oír los sonidos de una corneta. Examinando la colina en que estaba vió que habia sido ocupada y abandonada; en ella habia señales de ruedas de cañon; esta colina dominaba uno de los caminos, pero este se hallaba defendido contra los fuertes mas próximos de la ciudad por varios grupos de árboles que formaban un bosquecillo. Alfredo vió por las ramas rotas que yacian en tierra que la guarnicion de Nantes habia hecho uso de su artillería; yendo á alguna distancia de los árboles tropezó con un cadáver que yacia á sus pies, tenia los ojos abiertos y parecia clavarlos en él con una mirada fija; volvió atrás con horror y acordándose que hacia mas de una hora que habia salido de su casa, se dirigió hacia ella.

Caminaba triste y lentamente sin poder olvidar el rostro del soldado muerto; pensando en los muchos que habrian perecido, tanto realistas como republicanos, y los amigos que podria haber perdido en esta lucha. El colegio á que él pertenecía estaba en el centro de la ciudad, pero si Nantes habia sido tomado ¿quién sabe si estaria ardiendo? Por otra parte muchos amigos antiguos de su padre estaban comprometidos en el partido realista; allí estaba tambien el pobre Berard, cuyo hijo se habia unido á los vendeanos la noche anterior, la misma en que Berard, padre, habia ido á Nantes para sacarle del colegio. Alfredo se preguntaba á sí mismo qué partido hubiera abrazado, si hubiese tenido algunos años mas, y en esta meditacion llegó á la puerta del parque.

Habia metido la llave en la cerradura y estaba á punto de abrir cuando un soldado que apenas parecia mayor que él se le acercó pálido, descompuesto y manifestando un gran cansancio.

—Por el amor del cielo, dijo el soldado, permitidme entrar en este parque y dejad que me eche en la yerba algunos minutos.

—Entrad, dijo Alfredo, ¿estais herido?

—No, pero estoy exhausto de fuerzas, replicó el jóven con un suspiro que parecia un sollozo.

Alfredo miró el uniforme del fugitivo al tiempo que entraban en el parque, pero estaba tan descolorido que era imposible saber su color primitivo; una cosa habia evidente sin embargo y es que el partido á que él pertenecía no habia salido victorioso.

—Venid conmigo, dijo Alfredo dándole el brazo, venid al castillo, necesitais descanso y refresco.

—¿Qué castillo es este? exclamó el fugitivo ¿pertenece á madama de Chatouville?

—Sí, replicó Alfredo, madama de Chatouville es mi madre.

—O; ruego entonces que vayais á decirla que Pablo Duval está á la puerta muerto de

hambre y de fatiga y creo que no me rehusará la hospitalidad. Ella me conoció cuando niño; mi padre era administrador del suyo y...

—Aquí el jóven se apoyó contra un árbol y pareció espuesto á desmayarse.

—Pero estareis herido, dijo Alfredo por segunda vez.

—No, contestó Duval en una voz que manifestaba demasiado su extraordinaria debilidad, pero estoy desfallecido por falta de alimento. No he tomado nada desde ayer tarde antes de empezar el ataque y durante las dos horas últimas hemos sido perseguidos en todas direcciones por los republicanos.

Al saber Alfredo que el fugitivo habia estado peleando contra los republicanos, juzgó prudente que no le vieran los criados para evitar que si aquellos pasaban por el castillo persiguiéndole, no pudieran decirlos que estaba oculto allí. Como no habia un peligro inmediato en esto le propuso á Pablo llevarle algunos refrescos al parque y conducirle al castillo por una puerta secreta cuando los criados estuvieran en la cama.

Pablo dió las gracias á Alfredo con una seña y se dejó caer sobre la yerba.

Alfredo no estuvo ausente mucho tiempo; volvió con un rollo, pan y una botella de vino que colocó sobre la yerba ante el jóven fugitivo á cuyo lado se sentó. Tenia demasiada delicadeza para hacer preguntas á Pablo pero apenas podia contener su admiracion cuando veia su esbelta figura su rostro pálido y delicado y pensaba en los peligros y fatigas á que se habia condenado voluntariamente.

Pablo comió con menos voracidad que lo que esperaba Alfredo; á cada bocado lanzaba un profundo suspiro; su estraña desesperacion daba á entender que no era solo la pérdida de la accion lo que pesaba sobre su ánimo. Sus facciones eran regulares y como hemos dicho delicadas, y Alfredo á pesar del aire de desesperacion que dominaba en su fisonomía, pensó que este jóven tenia uno de los rostros mas agradables y simpáticos que habia visto jamás.

—Teneis una cena bien pobre, dijo Alfredo cuando vió que Pablo habia concluido de comer. No me he atrevido á tomar nada mas por temor de infundir sospechas á los criados.

—¡Ojalá tuvieran mis compañeros una igual! replicó Pablo con una sonrisa melancólica.

—¿En qué cuerpo serviais? le preguntó al fin Alfredo.

—En la primera division.

—En esa division estaba Guillermo Berard, ¿le conocias?

—¡Pobre Guillermo Berard! exclamó Duval con tristeza; estábamos en la misma compañía y fue muerto á mi lado.

—¿Cuánto lo siento por su pobre padre!

—Sí, replicó el fugitivo, no tendrá solo que sentir los sucesos del día. Esta tarde despues de derribar la puerta entramos en la ciudad y Nantes estaba á punto de caer en nuestro poder; el gobernador se negaba á entregar las llaves; la batalla comenzó de nuevo y nosotros arrollábamos todo lo que encontrábamos delante cuando el general que nos guiaba cayó mortalmente herido; entonces la confusion se esparció en nuestras filas; las columnas que atacaban se retiraron y rechazaron á las que avanzaban para sostenerlas. Desde la barricada que debiamos haber tomado por asalto nos hicieron una descarga tras otra y la carnicería fue espantosa; quedamos completamente derrotados y fuimos echados de nuestras posiciones.

Aquí el jóven fugitivo ocultó su rostro entre sus manos y pareció vencido por el dolor.

—No os dejes abatir, le dijo Alfredo estrechándole la mano; á Dios gracias os hallais en paraje seguro; mi madre es buena y hospitalaria y podreis permanecer oculto en casa todo el tiempo que querais.

—No deseo permanecer aquí mas que algunas horas, hasta que haya descansado un poco, dijo Pablo. Así que recobre mis fuerzas me volveré á reunir al ejército para pelear otra

vez. Tengo sangre que vengar, sangre que no puede ser pagada con ninguna, añadió y aunque su ademán expresaba claramente la sed de venganza que le animaba, no pudo pronunciar estas palabras sin que se le escapara una lágrima.

Poco después habiéndose asegurado Alfredo de que los criados se habían ido á acostar, condujo á su joven protegido al castillo, y le llevó á su mismo cuarto mientras él iba á contar á su madre su extraña aventura.

¿Duval? dijo su madre cuando la contó lo ocurrido; me acuerdo efectivamente de ese nombre; Duval era el administrador que tenía mi padre; ha muerto hace algunos años, pero me acuerdo muy bien de él y de sus hijos. ¿Dónde está el desgraciado Pablo?

Alfredo condujo á su madre al cuarto en que estaba Pablo, al cual reconoció bien pronto como hijo de Duval. A Pablo, sin embargo, no le era posible recordar las facciones de Mad. de Chatouville, porque durante los últimos diez años apenas la había visto aunque ella había cuidado de que los niños de su antiguo administrador estuvieran provistos de todo.

Cuando Pablo estuvo completamente seguro de que podía confiarse á madama de Chatouville se dirigió á Alfredo y dándole las más expresivas gracias le suplicó que por un momento le dejara solo con su madre.

Alfredo se sorprendió al oír esta súplica porque no sabía cual podría ser el secreto que el joven fugitivo lo había ocultado á él; pero Mad. de Chatouville le hizo seña de que saliera del cuarto y Alfredo la obedeció.

Apenas había salido cuando el fugitivo se echó á los pies de Mad. de Chatouville exclamando: no puedo engañaros, señora; no protejis á Pablo Duval, es á su hermana María á la que habeis salvado la vida.

La joven se quitó el pañuelo que tenía en la cabeza y sobre sus hombros cayeron largos rizos negros cubiertos de sangre y de polvo.

IV.

—¿Cómo María! dijo Mad. de Chatouville ¿estabais efectivamente peleando en Nantes?

—Sí señora, yo no dejaba un instante el lado de mi hermano, replicó la joven. ¿Qué había de hacer? cuando mi tía murió, Pablo era la única relación que tenía en el mundo y ví que él estaba decidido á atacar á los republicanos. ¿Os acordáis de mi tía, señora?

—Ciertamente; vos fuisteis á vivir con ella después de la muerte de vuestro padre, replicó madama de Chatouville. Pero ¡pobre joven! ¿en qué estado os encontráis! Vuestra frente está herida, vuestros cabellos cubiertos de sangre y vuestros vestidos hechos pedazos.

—No estoy herida, dijo María, es solo un arañazo.

—El arañazo de un sable, replicó Mad. de Chatouville, es verdad que es únicamente en la piel, pero venid conmigo á mi cuarto y dejadme que os ponga una venda; os arreglaré el cabello y os daré otros vestidos.

María se sonrió tristemente y movió la cabeza pero echó á andar siguiendo á Mad. de Chatouville á su cuarto.

—Ahora habládme de vuestra tía, dijo madama de Chatouville después de haberla vendado la herida. Estaba dispuesta que os dejara á vos y á vuestro hermano la granja en que vivía, ¿no es así?

—Y así lo hizo, replicó María, en ella vivíamos cuando empezó esta terrible guerra.

—Ya comprendo; vos no queríais dejar á vuestro hermano.

—Yo no podía vivir sin él señora. Cuando ví que él estaba dispuesto á unirse al ejército resolví seguirle y nada pudo detenerme; pensé que en todo caso yo iría tras él y le cuidaría si era herido lo cual era preferible á permanecer sola en casa temblando siempre por la idea de que pudiera morir sin mí. Hoy mismo, he salvado más de una vez su vida evitando con mi mosquete los golpes que le estaban dirigidos y aun esta misma noche podría tal vez ha-

berle salvado dentro de las murallas si hubiera llegado cerca de él pero me adelantaron; en el momento de caer me gritó ¡adiós, María estoy herido! Yo corrí hacia él pero nuestras tropas estaban ya en completa retirada y me vi llevada por los fugitivos; mi pobre hermano yace en el sitio donde cayó y yo no me hallé allí para cerrarle los ojos.

Estas palabras fueron seguidas por un torrente de lágrimas; Mad. de Chatouville estaba muy conmovida é hizo todo lo posible por consolar á la desgraciada María.

—Quedaos conmigo mi pobre María, la dijo. Cambiad vuestros vestidos, permaneced en el castillo y nadie sospechará nada; persuadios de ello, añadió viendo que María titubeaba.

—No quiero aparecer ingrata á vuestra grande amabilidad, replicó al fin María, pero realmente no puedo, no debo aceptar vuestra generosa oferta.

—¿Y por qué no?

—¿Por qué? dijo la exaltada María, porque no me basta llorar á mi hermano, sino que necesito vengarle.

Estas palabras fueron pronunciadas con un tono de odio tan intenso y las lágrimas se habían secado de tal modo que ya no había nada de femenino en la cólera de María Duval. Si Alfredo se había sorprendido en el parque por el aspecto del joven, Mad. Chatouville no estaba ahora menos admirada por las maneras varoniles de la joven. Advirtió que cuando María hablaba de los republicanos una expresión de furor se manifestaba en su rostro eclipsando al mismo tiempo su belleza. Por último, á pesar de la oposición que había manifestado, la joven se decidió á permanecer en el castillo, aceptando la hospitalidad de Mad. de Chatouville por algunos días, pero al día siguiente, así que ella hubo recobrado sus fuerzas para poder andar una jornada, se propuso unirse á la división. Se decía que el ejército de los realistas se había retirado al otro lado del Loire, donde sin duda se rehacía y si María llegaba á saber que su hermano había muerto estaba resuelta á combatir á los republicanos mientras hallara un solo vendeano que estuviera á su lado.

A no haber vivido en el Oeste de Francia madama de Chatouville se hubiera admirado al oír hablar así á una muchacha de diez y nueve años, porque María Duval no tenía más edad; pero Mad. de Chatouville sabía que durante la primer lucha contra la república había habido centenares de mujeres tanto en la Bretaña como en la Vendée que se habían vestido de hombres para combatir á los republicanos. Además de esto, como las simpatías de Mad. de Chatouville eran por la causa realista, la decisión de María de combatir á los republicanos, lejos de rebajarla á sus ojos, la hacía más acreedoras á su estimación.

—Pero de ningún modo debéis dejarnos hoy, dijo Mad. de Chatouville.

María titubeó.

—No, la decía, debéis tratar de recobrar vuestras fuerzas, y por lo menos debéis esperar hasta que hayáis descansado de vuestra fatiga. Venid conmigo, os encerraré en una de las habitaciones, guardaré yo misma la llave y nadie sabrá que en esta casa hay tal persona.

María siguió á Mad. de Chatouville á la habitación destinada para ella, se desnudó, y metiéndose en la cama durmió en el momento.

Nadie se despertó en el castillo hasta muy entrado el día, porque todos habían pasado la noche fuera del lecho; María que no se había retirado á descansar hasta el amanecer durmió profundamente hasta la tarde; entonces fue visitada por Mad. de Chatouville, que la llevó algunos refrescos de varias clases, exhortándola de nuevo á que permaneciera en el castillo, pero María estaba resuelta á partir para asistir á su hermano si vivía aun ó para vengarle si había muerto.

A la mañana siguiente al romper el día, se despidió de su bienhechora después de dárle las gracias en los términos más tiernos por la benevolencia que la había manifestado, se puso

su uniforme manchado y hecho pedazos y se fué á buscar la primera división del ejército realista.

Alfredo había preguntado el día antes qué era de Pablo Duval.

—No ha permanecido aquí más que algunas horas, replicó Mad. de Chatouville que había prometido á María guardar el secreto. Continuó su camino, añadió después.

—¿Y no deseó saludarme? dijo Alfredo.

—No, replicó su madre.

—¿De veras! dijo Alfredo con resentimiento; y no volvió á preguntar más acerca de Pablo Duval.

V.

No nos proponemos seguir á María en su campaña contra los republicanos. Tenía todas las probabilidades de que su hermano había muerto, y hacia todo lo más que podía para vengarle; pero cuando los jefes de la insurrección dejaron sus armas y se concluyó la guerra, María no tuvo más remedio que volver á su quinta. Todo allí le recordaba á su perdido hermano, y para ella era un placer melancólico el recordar los días felices que habían estado juntos. Sin embargo, después de algún tiempo pasó el período de dolor agudo, y ya podía hablar de Pablo, de sus nobles cualidades y de su cariño hacia ella sin caer en aquellas convulsiones que había sentido en los primeros días que siguieron á su pérdida. Desde la muerte de su tía, que se había ocupado exclusivamente de su educación, María no tuvo apenas ninguna persona amiga excepto su hermano. María acostumbraba á pasar las noches leyéndole; por la mañana cuando las ocupaciones domésticas no la obligaban á estar en casa, le acompañaba al campo y permanecía horas enteras con él, mientras daba órdenes á los labradores ó examinaba la cosecha. Cuando la sementera, le quería ayudar á sembrar y estaba siempre en el campo mientras la siega. La quinta sin embargo no tenía por sí misma ningún atractivo para ella y era incapaz de dirigirla; durante su ausencia, la persona encargada de este cuidado la había abandonado deplorablemente. La parecía por lo que había advertido después de su vuelta, que al fin del año los gastos excederían á los productos, y no obstante esto, no podía dejar esta casa que la traía á la memoria su perdido hermano.

Al mismo tiempo aumentaba su melancolía; los objetos que quería conservar y las escenas que le gustaba recordar la entristecían más cada día, aunque la hacían más resignada. Su desesperación había pasado, pero había sido reemplazada por el desaliento. Los vecinos venían á visitarla, pero á la mayor parte de ellos les parecía inexplicable, por no decir absurdo, que María permaneciese triste cuando hacía ya dos años que había muerto su hermano. Porque la voz pública, que algunos creen que es la voz del cielo, fija un límite al pesar como le fija para la exhibición de las señales exteriores y el mundo considera como un insulto el que conserveis vuestra tristeza en el corazón después de haberos quitado los vestidos de luto.

Por último, una pobre mujer que era también víctima de la guerra civil, aconsejó á María que dejara la quinta y se fuera á vivir con ella. María rehusó la oferta, pero conociendo que debía decidirse á hacer alguna cosa, escribió á Mad. de Chatouville consultándola.

Al recibir esta la carta, determinó ir en persona á ver á María, y el mismo día fué á la quinta, que estaba á diez millas de distancia del castillo.

—¿Cuán buena es en venir á verme! dijo María en su interior, y con lágrimas en los ojos corrió á la puerta para recibir á su bienhechora, como llamaba á Mad. de Chatouville.

—No soy vuestra bienhechora, la dijo esta abrazándola, porque no hice más que daros algunas horas de hospitalidad cuando estabais desfallecida y desesperada, pero decidme en qué os puedo ayudar ahora y vereis cuán contenta lo hago.



Rosa y María.—Primera entrevista de Alfredo y Rosa.—(Cap. VII.)

—¡Ah señora! dijo María, apenas sé qué pedir; estoy sola, pero sin embargo, ¡me cuesta tanto trabajo dejar la quinta!

Mad. de Chatouville entró en la casa y se sentó mirando á María. Las mejillas de esta estaban hundidas y sin color; alrededor de sus grandes ojos negros tenia un círculo oscuro, y sus manos estaban sumamente delgadas. Se hallaba tan agitada, que Mad. Chatouville podía ver las palpitaciones de sus sienes y las pequeñas venas azules que se hinchaban y se bajaban en ellas; la cogió la mano y halló que la tenia calenturienta.

—No teneis mas que una cosa que hacer y es venir conmigo en mi carruaje; el movimiento del carruaje os hará provecho.

María quiso hacer algunas objeciones, pero Madama de Chatouville no quiso oirlas.

—Hablaemos de vuestro establecimiento futuro cuando estemos en casa, la dijo. Al presente no tengo que deciros mas que una cosa; cuando me preguntasteis mi opinion, me figuraba que la darais alguna importancia; así pues, mi consejo por hoy es que vengais conmigo y permanezcáis en el castillo hasta mañana. Entonces, dijo con una sonrisa, si creéis que podeis vivir con nosotros, yo estaré muy contenta por tener de compañera á una jóven tan buena como vos; pero de todos modos hasta mañana estais á mi cargo.

— Vos hareis de modo que

os llame mi bienhechora siempre, dijo María con una mirada de gratitud. Mad. de Chatouville la besó con cariño, y pocos minutos después estaban caminando para ir al castillo.

En la calle de árboles encontraron á Alfredo, á quien María no habia visto desde aquella terrible tarde en que él la habia auxiliado cuando estaba medio desfallecida en el parque. Estaba algo confusa al encontrarle y él mismo pareció embarazado, pero cuando la saludó como á una persona ya conocida no hizo alusion alguna á las circunstancias bajo las cuales se habian visto la primera vez.

Cuando madama de Chatouville y María estuvieron solas empezaron á hablar acerca de los cambios que habian tenido lugar durante los dos años últimos.

Alfredo habia vuelto al colegio de Nantes, donde habia permanecido hasta algunas semanas antes de este dia, habiéndole dejado ya completamente. Tenia diez y nueve años y su madre deseaba que permaneciera con ella hasta que tuviera veinte y uno, en cuya época se gun todas las probabilidades, desearia ir á París.

Mad. de Chatouville preguntó á María si se acordaba de Berard.

No, replicó María, yo no le habia visto nunca, pero conocia mucho á su hijo Guillermo, que cayó al lado de mi hermano en la terrible accion de Nantes. El pobre Guillermo nos hablaba con frecuencia de su padre.

No creia que Mr. Berard pudiese sobrevivir á su pena, dijo Mad. de Chatouville. Le persuadí que dejara su casa y creo que el cambio de residencia ha influido algo en hacerle olvidar su pesar. ¡Ah! añadió, esta terrible guerra civil ha hecho muchos desgraciados. Yo le aconsejé á Berard que dejara la Bretaña; nosotros tenemos una quinta en Brie á algunas leguas de París y le ofrecí arrendársela en cambio de la que ocupaba aquí; lo aceptó y creo que ha prosperado en ella.

—¿No tiene mas hijos? preguntó María.

—Tiene una hija muy



Los oradores amosos.—Mirabeau.

bella llamada Rosa; replicó Mad. de Chatouville. Ha sido una fortuna para ella que su padre haya ido á vivir cerca de París, porque la envió á una de las mejores escuelas de la capital, lo cual le hubiera sido imposible hacer si hubiera continuado viviendo en una provincia.

A la mañana siguiente fue decidido que María dejaría su quinta quedándose en el castillo

en clase de ama de gobierno. Es verdad que en Mad. de Chatouville había ya una ama de gobierno, pues profesaba la máxima de que los criados no estaban nunca tan bien atendidos ni vigilados, como cuando cuidaba de ellos la misma ama; pero María era demasiado altiva para vivir á espensas de otra persona sin hacer servicio alguno y Mad. de Chatouville cre-

yó conveniente encargarla del cuidado general de su casa.

María había recibido una buena educación, de la cual se había aprovechado. Acompañaba siempre á Mad. de Chatouville, y como Alfredo trataba de acompañarla tanto como María, su madre creyó que era el hijo mejor que podía haber en el mundo. Por las tardes Alfredo



La antigüedad de la danza.—Danza guerrera de los indios.

y María acostumbraban á leer por turno en voz alta para entretener á Mad. de Chatouville; á esta la pareció sin duda alguna que ambos se interesaban en tan agradable ocupación. Pero no era el libro, era María lo que Alfredo admiraba tanto, y cuando Alfredo estaba leyendo María escuchaba mas el sonido de su voz que las palabras que pronunciaba.

A decir verdad no era culpable de esto Mad. de Chatouville. María lo había sacrificado todo á lo que se llamaba en Bretaña la buena causa y hubiera muerto de melancolía si la hubieran dejado sola; si María era demasiado bella y Alfredo, que no tenía aun veinte años, se había enamorado de ella, esto no era culpa de Mad. de Chatouville. María y Alfredo vivieron así dos años en la misma casa y hacia cuatro que se vieron por primera vez en el parque cuando María fingió ser Pablo.

María, que tenía dos años mas que Alfredo,

le amaba á este con toda la pasión que había tenido á su hermano. Alfredo por su parte la profesaba igual cariño y estaba convencido de que no había en el mundo una mujer que se la pudiera comparar, pero tenía veinte y un años y no tenía intención de pasar su vida en Bretaña, cuando tenía medios para vivir en París.

Una mañana después de haber estado hablando con su madre de ir á París, María le siguió al parque; tenía los ojos encendidos y se podía conocer fácilmente que había llorado.

—¿Por qué deseas ir á París? le preguntó; ¿qué he hecho que te desagrada?

—Nada, querida mía, pero deseo ver París. Iremos allí juntos.

—Pero estando allí no te acordarás mas de mí, replicó María.

—¿Y por qué no? ¿Por qué no te he de amar en París como aquí?

—Será muy diferente, dijo María; estarás

continuamente en bailes y festines; verás mujeres mucho mas bellas que yo y me olvidarás bien pronto.

—No, María, dijo Alfredo abrazándola, jamás veré ninguna que pueda compararse contigo, ni jamás amaré á nadie mas que á tí; tú eres mi primero y último amor.

—Tú no te casarás jamás conmigo Alfredo, dijo María sollozando; yo sé que la diferencia de nuestra clase lo impide.

—No hables así, mi querida María, mi madre te ama ciertamente y un día dará su consentimiento, dijo Alfredo.

—No, replicó ella sollozando de un modo aun mas violento, sé que no sucederá así jamás, pero ten presente una cosa Alfredo, y al decir estas palabras hizo un gran esfuerzo para contener sus sollozos, y es que si te casas con otra mujer la mataré y me quitaré después la vida.

Los labios de María estaban blancos al ha-

blar a i y Alfredo reconoció la misma espresion que habia visto en su rostro aquella noche en que herida y desfallecida habia jurado vengar la muerte de su hermano.

LOS ORADORES FAMOSOS.

MIRABEAU.

La juventud de este famoso orador francés fue de las mas borrascosas. Nacido en Bignon, cerca de Nemour, el dia 9 de marzo de 1749, apenas contaba tres años cuando la viruela le desfiguró el rostro, que por otra parte recibia mas adelante las impresiones tumultuosas de su carácter apasionado y violento. Su padre, de genio fuerte é imperioso, no tardó en enemistarse con él y le dedicó á la carrera de las armas, incorporándole en 1767 al regimiento del marqués de Lambert. Mirabeau, por otra parte no podia permanecer sin luchar con alguna persona; y asi es que enamorado de una jóven á quien su coronel obsequiaba, no tardó en enemistarse con este y merecer por su falta de respeto é insubordinacion que se le encerrase en un castillo, pues que pretendia fugarse. En aquella prision escribió su *Ensayo sobre el Despotismo*. Cuando cumplió su condena partió para Córcega, ascendió á capitán de dragones, y reconciliándose al fin con su padre volvió á Francia, donde la muerte de su abuela le proporcionó pingües rentas. Pensaba vivir con modestia y economía, tanto mas, cuanto que contraia matrimonio con la hija del marqués de Marignane, pero su pasion por el lujo le sumia bien pronto en situacion asaz critica, porque se vió rodeado de acreedores. Su padre indignado de nuevo por su comportamiento, pues sus deudas ascendian á 160,000 francos, logró que se le encarcelara en el castillo de If, en el golfo de Marsella, de donde fue trasladado al fuerte de Joux, en el Jura.

Ni la edad ya varonil en que habia entrado, ni tan continuos sobresaltos, apagaron la llama de su apasionado y brusco carácter, y asi es que frecuentando en Joux algunas familias distinguidas, merced al permiso que para salir por la poblacion le habia concedido el comandante del fuerte, supo conquistar el criminal afecto de la jóven esposa de un marqués septuagenario, y huyeron ambos á Suiza de donde pasaron á Holanda. En Amsterdam fueron detenidos los dos fugitivos, y de nuevo pisó Mirabeau los umbrales de la cárcel, pues fue encerrado en Vincennes. En esta prision escribió un *Tratado de mitología*, un *Tratado de la lengua francesa*, un *Ensayo de la literatura antigua y moderna*, otro *Ensayo* acerca de las prisiones, etc., etc., de modo que puede fácilmente comprenderse la firmeza de alma del futuro orador, y cuán varios eran sus conocimientos. Salia de Vincennes despues de cuatro años de prision, y su primer cuidado fue buscar la manera de eludir la pena de muerte que se le habia impuesto como raptor de la jóven marquesa, y rehabilitar su matrimonio con la hija del marqués de Marignane. Entonces fue cuando dió á conocer su elocuencia, defendiendo con intensa pasion sus intereses, demostrando que mas predominaba en él el fuego de su espiritu que instinto alguno perverso de su corazon. Salido de tantas pruebas, fatigas, disturbios y pesadumbres, pasó á Londres y en aquella populosa capital imprimió sus *Consideraciones sobre la Orden de Cincinato*. Regresó á Francia, donde publicó algunos folletos, y obtuvo una mision para la corte de Berlin, á donde llegaba pocos dias antes de la muerte de Federico II. Poco tiempo despues publicó en París un libro titulado *La monarquía prusiana en el reinado de Federico el Grande*; y como se convocaban los electores del reino, deseó entrar en los Estados Generales, como logró, y desde donde dirigió á toda la Francia y á toda la Europa su voz conmovedora y sus razones enérgicas y convincentes. Entonces empezaba su carrera política é histórica.

Sus primeros discursos, que causaban la admiracion de todos los representantes y arrebatában de entusiasmo á todas las gentes, versaron sobre la libertad de la prensa, sobre el verdadero carácter y poder de los diputados, representantes de la nacion, sobre diversas medidas económicas de primer orden, sobre la gran cuestión del derecho de paz y de guerra. A estos discursos siguieron otros muchos que llevaron su fama á todas partes, pues no habia quien resistiese el torrente de sus palabras, ni la lógica terminante de sus argumentos. El tono de su voz impresionaba en alto grado á los circunstantes, y se decia que no solo hablaba con los labios, sino que daba acento á sus facciones, á su cabeza, á sus ojos, á sus cabellos. Dejaba de hablar y no habia quien intentara resistirsele. El por su parte demostraba la verdad sin consideracion alguna, señalaba los males, descubria los inconvenientes, con valor, sin lisonja, sin injusticia. Incomparable como orador, elocuente hasta merecer que se le llamase el *Shakspeare de la elocuencia*, valia igualmente mucho como hombre de Estado y como escritor, pero su celo, su actividad, su experiencia, su entusiasmo, estaban en tan alto grado desarrollados que acaso minaban lentamente sus fuerzas vitales. El dia 22 de marzo de 1791 habló en los Estados Generales sobre la regencia, cuestion en aquellos dias muy interesante. El 27 del mismo mes se ocupó de minas. Era la última vez en que dejaba oírse su voz, pues al siguiente dia caia enfermo, y el 2 de abril espiraba, contando solo 42 años de edad. Su muerte prematura causó general sentimiento; su celebridad ha sido igualmente general. Dispensáronse á Mirabeau honras fúnebres con tanta pompa y magestad como merecia tan eminente orador y celoso ciudadano.

LA ANTIGÜEDAD DE LA DANZA.

La costumbre del baile es tan antigua como el hombre, hallando origen en la espresion del placer y de la alegría. Los griegos la conocian desde tiempo inmemorial, leyendo en el libro octavo de la Odisea que los feacios obsequiaron al hijo de Laertes con un baile desahogado por jóvenes al son de la lira que tocaba Demodoca. Ulises quedó estasiado al observar el primor y lijereza con que bailaban. Platon influyó con sus leyes en la perfeccion de las danzas griegas, asegurando Ateneo que los mejores escultores se apresuraban á estudiar y dibujar las actitudes de los bailarines para copiarlas despues en sus obras. Los egipcios aplicaron el baile á su religion, espresando los misterios con sus figuras y pasos, y la esta honraban á uno de sus ídolos, *Baal*, bailando y danzando á su alrededor.

Los griegos y romanos tenian bailes durante sus banquetes, sirviéndoles primero como de intermedios en las comidas, pero despues tomaron tal incremento y degeneraron de su primitivo origen, en términos que solo eran escenas de glotoneria y de molicie. Por otra parte, si estos eran bailes familiares, tambien los tenian los griegos dedicados á las armas y á la religion y astronomía. Los primeros eran bailes guerreros cuya invencion se atribuye á Pirra, hijo de Aquiles, que la ejecutó delante del sepulcro de su padre armado con la lanza, la espada y el escudo. Las danzas astronómicas, que parece habian sido inventadas por los egipcios, servian para representar los movimientos del sol y demas astros, y las religiosas eran ejecutadas por los coribantes, sacerdotes que danzaban con cascabeles, lanzas, escudos y espadas para producir grande ruido.

En Roma se instituyó la danza ó baile de los salios en honor de Marte. Fue Numa Pompilio, segundo rey de Roma, quien inauguró esta fiesta, que ejecutaban doce sacerdotes llamados salios, los cuales se escogian de las mas ilustres familias de Roma. Los bailes campesinos se suponen inventados por el dios Pan, y los fúnebres se usaban en los entierros y fúne-

rales representando ciertas pantomimas. Delante de la comitiva, marchaba un personaje vestido con el traje del difunto, con una máscara que imitaba sus facciones, y remedando las costumbres y modales que le eran peculiares. El baile nupcial ó del himeneo se celebraba en Roma y si bien su origen comenzó con el remedo de las ceremonias del matrimonio, despues se hizo precisa su prohibicion por dar lugar á lamentables escándalos. A tal punto llegó el libertinaje respecto de este baile, que el Senado mandó salir de Roma á todos los bailarines y maestros de semejante danza. El baile de la inocencia fue muy usado en Lacedemonia, donde con graciosas y modestas actitudes danzaban las jóvenes enteramente desnudas delante del altar de Diana. Habia, en fin, en el teatro bailes trágicos, cómicos, pantomímicos, de alguno de los cuales se resentia el público decoro.

Pero no solo los antiguos pueblos egipcios, griegos y latinos tenian sus bailes. Los judíos bailaban en sus fiestas sagradas. El rey David bailaba delante del Arca de la Alianza, y Moisés habia bailado despues del paso del Mar Rojo. Tan cierto es que el baile era espresion de la alegría. Sin embargo, asi como se dice que Sócrates era alabado de los filósofos porque bailaba con n table espresion y soltura, y que Caton bailaba á los 60 años de edad, en cambio se asegura que Platon fue vituperado por haber rehusado bailar en un festin que daba un rey de Siracusa.

El baile se encuentra en la historia de todos los pueblos, lo mismo antiguos que modernos. Los celíberos, los galos, los bretones, en Europa, los peruanos y mejicanos en América, todos tenian sus bailes. La misma iglesia cristiana celebraba sus festividades con grandes bailes que posteriormente cayeron en desuso. Entre las tribus de Africa y de América, se usan diversas danzas: en la primera de estas regiones se ejecuta un baile sagrado en que tanto tiene que agitarse y entusiasmarse uno de los bailarines que se le considera como un oráculo respecto de cuanto dice ó vaticina: en la última casi todos los pueblos salvajes tienen danzas guerreras ya de un solo individuo, ya de muchos reunidos simbolizando recuerdos ó hechos heroicos ó con el fin de enardecerse para la pelea.

Nuestros bailes, ó sirven de expansion y recreo en los dias festivos á las poblaciones de los campos, ó son medios de reunir las sociedades en agradable y utilísimo pasatiempo, ya como medio social, económico y artistico, ya como demostracion de lujo y esplendidez, de fiesta y alegría. Los bailes de grandes ceremonias, en celebridad de acontecimientos públicos, que en otro tiempo estaban muy en boga recorriendo las calles y plazas, desaparecen poco á poco, para dar lugar á otras costumbres populares quizá mas nuevas pero no tan conformes con las tradiciones antiguas.

HISTORIA NATURAL.

LOS VENCEJOS Y LAS GOLONDRINAS.

Los vencejos son verdaderas golondrinas, y bajo muchos puntos de vista, son mas golondrinas, si es dado hablar asi, que las mismas golondrinas, no solo por tener los principales atributos que las caracterizan, sino aun por tenerlos en sumo grado. Su cuello, pico y pies son mas cortos; su cabeza y gáznate mas anchos, sus alas mas largas, su vuelo mas elevado y rápido. Parece que necesariamente vuelan, porque de su grado no descansan jamás en tierra, y cuando caen por algun acaso, alzanse con suma dificultad en terreno llano. Pueden apenas arrastrándose sobre un terron, ó encaramándose sobre una topera ó una piedra, tomar sus medidas bastantes para hacer uso de sus largas alas. Proviene esto de su conformacion, pues tiene muy corto el tarso, el cual cuando descansan les llega al calcañar,

en términos que parecen posar sobre su vientre, siéndoles en tal situación la longitud de sus alas mas embarazo que ventaja, no sirviéndoles mas que para un inútil bamboleo á diestra y siniestra. Si fuesen lisos é iguales todos los terrenos, las aves mas ligeras serian entonces mas pesadas que los reptiles: si se encontrasen en suelo liso y duro, todo movimiento progresivo, todo cambio de situación les fuera imposible. No es, pues, para ellos la tierra mas que un dilatado escollo que con gravísimo cuidado deben evitar. No hay para ellas mas que dos extremos: un violentísimo movimiento, ó un absoluto reposo; agitarse con esfuerzo en los espacios del aire, ó quedarse agachadas en sus agujeros: esta es su existencia. El solo estado medio que conocen es el asirse á las paredes y troncos de los árboles cerca de su agujero, y arrastrarse en seguida á lo anterior de este, ayudándose con su pico y todos los puntos de apoyo que pueden encontrar. Entran en él regularmente en lo mas raudo de su vuelo; corren mil veces y recorren antes su alrededor; lánzase despues de golpe con tal precipitación que se les pierde de vista, sin saberse á donde fueron á parar.

Son muy sociales entre sí, pero no con las otras especies de golondrinas, con las cuales no vuelan jamás y de las que difieren en sus costumbres y hábitos naturales, como se verá en este artículo. Dícese que tienen poquísimo instinto; pero le tienen bastante para anidar en nuestros edificios sin hacerse nuestros, y para preferir una morada segura á otra mas cómoda y agradable. Su morada, por lo menos en nuestras ciudades, es un agujero de alguna pared y cuyo fondo es mas ancho que la entrada; prefieren los mas elevados, por estar allí mas seguros. Búscanlos hasta en los campanarios y mas altas torres, sobre los arcos de los puentes, donde están menos elevados, pero al parecer mas seguros, en los árboles huecos, ó por fin en los escarpados ribazos al lado de las arvelas, abejarucos y golondrinas de ribera. Una vez cogido su agujero vuelven á él todos los años, reconociéndole bien, aunque no aparezca en él nada notable. Sospéchase verosíblemente que se apoderan á veces del nido de los gerriónes; pero cuando, volviendo de su emigración, los encuentra en posesión del suyo, saben sin gran contienda ahuyentarlos.

Entre todos los pájaros de paso, son los vencejos los que llegan mas tarde á nuestro país y salen de él mas pronto. Regularmente empiezan á dejarse ver á fines de abril ó principios de mayo, y nos dejan por todo el mes de julio. Su emigración es menos regular que las de las otras golondrinas, y al parecer depende mas de las variaciones de la temperatura. Vénse alguna vez desde el 20 de abril, pero son de los que viajan para mas lejos: los domiciliados no vuelven á tomar posesión de su nido antes de primeros de mayo. Anuncian su llegada con grandes gritos. Rara vez entran dos á un tiempo en un mismo agujero, y no sucede esto sin haber revoloteado largo rato; pero rarísima vez sigue á los dos un tercero, y si esto acontece, jamás vuelve á entrar en él.

Poco tiempo despues que los vencejos se posesionan de un nido, durante muchos dias, aun á veces de noche, salen de él dolientes gritos. Pero alguna vez que se distinguen dos voces ¿será una espresión de placer comun á macho y hembra, ó mejor un canto de amor con que llama la hembra al macho para llenar los deberes de la naturaleza? Parece tanto mas fundada esta última conjetura, cuanto que el grito amoroso del macho al seguir su hembra por el aire es mucho mas tardo y dulce. Se ignora si la hembra se apareja con solo un macho, ó si recibe muchos; lo cierto es que en esta circunstancia se ven tres ó cuatro vencejos revoloteando alrededor del nido y aun estender sus garras como para asirse de la pared: podrian ser muy bien los pollos del año precedente que reconociesen ahora el lugar de su nacimiento. Estos pequeños problemas son tanto mas difíciles de resolver, cuanto tienen las hembras casi igual plumaje que los machos, y cuanto

rarísima vez se tiene ocasion de seguirles y observarlos de cerca.

Durante su corta mansión en nuestro país no tienen mas tiempo que para hacer una sola cria, la cual se compone comunmente de cinco huevos blancos y de prolongadísima forma. Cuando rompen el cascaron, á diferencia de los de las demás golondrinas, son casi mudos y nada piden, pero por fortuna oyen sus padres el grito de la naturaleza, y les dan todo lo que necesitan. No les traen de comer mas que dos ó tres veces al dia, pero en estas vuelven al nido con suficientes provisiones, llevando su ancho gazarate lleno de moscas, mariposas y escarabajos, que se ven presas como en una masa móvil que las engulle. Aliméntanse tambien de arañas, que encuentran en sus agujeros y alrededor de los mismos: tiene tan poca consistencia su pico, que no pueden servirse de él para destrozarse tan débil rapiña, ni tampoco para sujetarla.

A mediados de junio empiezan á volar los pollos y presto dejan el nido; y entonces es cuando al parecer los padres no cuidan mas de ellos. Tienen bastantes piojos y chinches, que parecen no les incomodan mucho.

Cuando gordos son buenos de comer, como los demás de la misma familia; los pollos sobre todo, cogidos en el nido, son reputados en Saboya y el Piamonte por manjar exquisito.

Temen el calor, y por esto se quedan por el medio dia en su nido, en las grietas de las paredes ó de las rocas, y entre el cornisamento y las últimas hileras de tejas de los edificios elevados. Por la mañana y tarde salen para hacer su provision ó para revolotear sin ningun designio por la sola necesidad de ejercitar el vuelo; y vuelven á entrar por la mañana cuando pica el sol, y por la tarde media hora despues que se pone. Casi siempre van en bandadas mas ó menos numerosas, ya describiendo infinidad de círculos sobre otros mil, ya siguiendo á línea cerrada la dirección de un camino, ya revoloteando en derredor de algun grande edificio, gritando todos á la vez y con todas sus fuerzas, ciérranse á veces, y de golpe agitan sus alas con frecuente y precipitado movimiento.

A principios de julio percíbese entre ellos un movimiento que anuncia su partida: aumentase su número, y desde el 10 al 20 en noches calorosas es cuando reunen sus grandes asambleas. Son muy numerosas estas asambleas, pero á pesar de ello no disminuye el número de los que vemos ordinariamente en derredor de nuestros edificios: serán, pues, extranjeros, que vendrán probablemente de los países meridionales, y que no se ven mas que de paso.

Despues de puesto el sol déjanse ver en pequeños pelotones, encúmbrense á lo mas elevado de los aires dando grandes gritos, y rompen en un vuelo distinto de su vuelo de pasatiempo. Oyéseles aun largo tiempo despues que se perdieron de vista, dirigiéndose al parecer hácia la campiña. Van sin duda á pasar la noche en los bosques, porque se sabe que anidan en ellos, y destierran de los mismos los insectos; como tambien que los que durante el dia moran en la llanura y aun alguna vez los que habitan en las ciudades, se acercan á los árboles al caer de la tarde y permanecen en ellos hasta entrada la noche.

Los que habitan en las ciudades se reunen tambien muy pronto, y se ponen todos en camino para pasar á climas menos cálidos.

Segun muchos naturalistas, seentorpecen en sus agujeros durante el invierno; pero no tendria esto lugar en nuestros climas, porque salen de ellos antes de esta estación, y aun antes de los últimos calores del verano.

Fuera de las periódicas y regulares emigraciones de estas aves, vénse alguna vez en otoño numerosas bandadas que por algun acaso se desviaron sin duda en su camino.

En general no tiene gorgojo el vencejo; su voz es un grito, ó mejor un agudísimo chillido de poco variadas inflexiones, que solo desciende cuando vuela. En su agujero, es decir,

cuando reposa, si esceptuamos el tiempo del amor, está del todo silencioso. Temeria descubrirse sin duda elevando su grito. Su nido es, pues, muy diferente de esos nidos parladores de que habla el poeta.

Entre las diversas especies de vencejos son notables las siguientes:

Martinete alpino, que se halla diseminado en la parte meridional de Europa, encontrándose además en Africa; y se dice que habita por lo regular en las altas montañas. Mayor que el vencejo comun, su plumaje es pardo en la parte superior, y blanco en la inferior; pero este blanco está separado en el cuello por un collar negro.—*Martinete velocifero*, que es de pequeña talla, de plumaje enteramente negro y lustroso, y del mismo país. En cinco segundos corre mas de cien toesas.—*Vencejo de cofia*, una de las mas notables especies, tanto por las tintas de su plumaje, como por los accesorios que le adornan. Esta ave tiene de longitud total cinco pulgadas y ocho líneas. Las plumas de la cabeza son ásperas y forman una especie de moño azul celeste en la parte superior de ella; dos anchas fajas de un blanco puro parten del pico, pasan por encima del ojo y van á reunirse en el occipucio, formando á modo de una diadema. Las plumas de la region auricular son de un bermejo vivo, y dos bigotes ó de anchas fajas blancas salen de la base del pico y rodean el cuello. El cuerpo es totalmente de un verde aceitunado metálico, y las alas y cola son de un azul de añil y pardas en lo interior. Dos manchas blancas se dibujan sobre la estremidad de las grandes coberteras, y el bajo-vientre es tambien blanco. Habita la isla de Sumatra.—*Vencejo de bigotes*, que recuerda al pronto la forma y la disposición del elegante vencejo de cofia; pero la especie que antecede se diferencia por su pequeña talla, que es solo de tres pulgadas y ocho líneas, asi como por el color de su plumaje, y es oriunda de la grande isla de Sumatra, mientras que el vencejo con bigotes habita en la Nueva-Guinea, donde vuela con frecuencia durante el dia en los lugares cenagosos de la orilla del mar y sobre los riachuelos, porque allá se encuentran en mayor cantidad los insectos de que se alimentan. Esta ave tiene once pulgadas de longitud total, y de estas solamente la cola comprende seis. Las alas son muy largas y terminan á una pulgada de la estremidad de la cola. El pico es pardo, muy aplastado, y los tarsos son cortos y desnudos; tienen los dedos bastante largos, de color moreno, como las uñas poco fuertes; el pulgar tiende hácia atrás, siendo su longitud de seis líneas, mientras que tiene nueve el dedo de en medio. Los colores del *vencejo con bigotes*, aunque oscuros y sin el menor brillo metálico, por la feliz disposición de las tintas mas ó menos cargadas en contraposición del blanco, producen el mas agradable efecto. La parte superior de la cabeza es de un azul de añil muy oscuro; una faja blanca que nace en las narices, sube hasta eucima del ojo, y va á terminar en los lados de la cabeza, circunscribiendo el casquete oscuro que la cubre. Debajo de la mandíbula inferior nace un mechón de pequeñas plumas blancas que rodean la comisura, y concluye sobre los lados del cuello en dos largas plumas blancas puntiagudas, imitando perfectamente lo que llamamos bigotes; el lomo, la garganta, el pecho y los costados pizarroso-parduzcos, y las alas tienen el mismo azul de añil que la cabeza, escepto la mitad de las coberteras, que son de un blanco nevoso. Algunas plumas cenicientas ocupan la parte media del abdomen, y sirven de coberteras inferiores á la cola, que tiene las pennas pardas en su faz inferior; los troncos son blanquecinos, las dos grandes pennas de la cola y las mas exteriores escuden á las que siguen en mas de dos pulgadas, y son blanquecinas por debajo hácia el borde esterno.—*Martinete gigante*, que se encuentra en Bantam; es de plumaje verdinegro con reflejos cenicientos, bermejos y pardos. Las coberteras inferiores son blancas; las timoneras terminan en una prolongación desnuda del tronco, que en la



Pasiflorea.—Pasionaria.



Asclepiadea.

estremidad de cada penna parece á modo de una espina. Tiene de longitud seis pulgadas y seis líneas desde el pico hasta la estremidad de la cola, y diez pulgadas desde aquel hasta la punta de las alas.

(Se continuará)

POESIAS ANTIGUAS.

(SONETO INÉDITO.)

Pasajero que vienes caminando
por esta senda de la humana vida,
mira que es venta el mundo, no te pida
que estes mas de lo justo descansando.

No pierdas tu jornada, vé marchando,
goza de paso el sueño y la comida,
que en el cielo, do tienes tu manida,
podrás de asiento estarte regalando.

En llegando á una cruz ella te adiestre
á qué mano has de hechar, si bien te acuerdas
no pises del deleite el verde prado.

Que es camino derecho de la muerte
y es fuerza si le sigues que te pierdas,
y tras perderte llegarás cansado.

FR. JOSÉ DE SIGÜENZA.

(MS. del Escorial.)

LAS PASIFLOREAS Y LAS ASCLEPIADEAS.

BOTÁNICA.

Vamos á ocuparnos de dos géneros de plantas cuyas flores embellecen muchos jardines: las *pasifloreas* y las *asclepiadeas*.

Las *pasifloreas*, de que se conocen mas de cincuenta especies, muchas de ellas cultivadas en nuestros países como plantas de adorno y medicinales, son yerbas ó arbustos trepadores de hojas alternas, estipuladas, y flores encarnadas, violetas, azules ó blancas. Habitan generalmente las regiones ecuatoriales é inmediatas á los trópicos, y la mayor parte son célebres por la belleza de sus flores, conociéndose las vulgarmente con el nombre de pasio-

narias. Los caracteres que distinguen á las *pasifloreas* como familia, son un cáliz con cinco á diez sépalos, dispuestos en dos órdenes, soldados entre sí, y los interiores mas petaloideos; apéndices membranosos ó filiformes, coloreados, dispuestos en la parte alta del tubo del cáliz; cinco pétalos ó ninguno; cinco ó muchos estambres con filamentos soldados, y antenas primero dirigidas hácia adentro, y después invertidas; ovario libre; estilo corto ó nulo; tres estigmas gruesos y bilobulados; fruto unicelular, de placenta central, carnoso é indehiscente ó dehiscente por tres valvas; semillas numerosas provistas de un arilo comunmente veloso; embrión recto en el centro de un albúmen carnoso y cotiledones planos. Los principales géneros son *passiflora*, *bacsonia*, *modecca*, *carica*, etc., dividiéndose cada uno en una porción de especies, como por ejemplo la *passiflora* *pasionaria* que se divide en *pasionaria* propiamente dicha, *pasionaria* comestible, *pasionaria* encarnada, de fruto grueso, adornada, cuadrangular, de hojas dentadas, de hojas de lira, etc.

Las *asclepiadeas*, que crecen sobre todo en las regiones tropicales y subtropicales, y habitan también el nuevo continente á la parte de acá del ecuador y el antiguo entre el 59° paralelo boreal y el 58° paralelo austral, y ciertas especies en particular el cabo de Buena Esperanza; son arbustos y á veces yerbas de jugo lechoso, tallo trepador por lo general, cilíndrico como las ramas, con articulaciones nudosas ó carnosas, y hojas opuestas, pecioladas, simples, enteras, desprovistas de estipulas con sedas en su lugar muchas veces. Las flores son completas, dispuestas en umbelas, en hacedillos, en cimas ó en racimos, y rara vez solitarias. Los caracteres generales de la familia, son cáliz y corola de cinco lóbulos, los de la corola en estivación imbricada rara vez valvaria; cinco estambres con filamentos ordinariamente soldados; dos folículos, semillas imbricadas pendientes, provistas de un coma y de un albúmen.

Las propiedades de las *asclepiadeas* residen

en un jugo lechoso acre que contiene principios vomitivos, y así muchas especies son sucedáneas de la ipecacuana; algunas son purgantes y anti-elmináticas, y otras son contadas entre los estimulantes.

Los géneros que se refieren actualmente á esta familia, son *periploca*, *secamone*, *oxipetalum*, *sarcostema*, *cinanquio*, *vencetósigo*, *solenostemma*, *aranja*, *calotropis*, *oxistelma*, *gonfocarpo*, *asclepiade*, *gonolobio* y otros varios.

PENSAMIENTOS.

La lengua de las mujeres es su espada, que nunca dejan enmohecer.

Proverbio chino.

Nada hagas que tu enemigo no pueda saber.

Séneca.

La felicidad consiste principalmente en conformarse con la suerte; en querer ser lo que uno es.

Erasmus.

Lo bello al stracto es la quimera de los artistas perezosos, que olvidan lo bello visible.

Emérico David.

Cuando las cosas no quieren conformarse con nosotros, no otros debemos conformarnos con ellas.

Fontenelle.

Fíate siempre mas de los que te necesitan, que de aquellos á quienes has hecho favores.

Guichardin.

En preguntas graves no son buenas respuestas repentinas.

Navarrete.

Por todo lo no firmado J. GASPAR,
Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días después de su publicación.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármén, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sánchez Rubio, Carretas, 51; Moro, Puerta del Sol; Durán, Carrera de San Geronimo; Doehao, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publiidad, Pasa-
saje de Matheu.

En Provincias, Estranjera y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA y mandado libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.